

EL HOMBRE QUE HACÍA MARAVILLAS

(2° REYES 2.19–25; 8.4)

DAVID ROPER

La obra de Eliseo ha sido opacada en gran parte por el dramático ministerio de Elías. A Elías se le menciona más de treinta veces en el Nuevo Testamento, mientras que a Eliseo se le menciona solo una vez (Lucas 4.27). Los maestros y predicadores a menudo dicen «Elías» cuando en realidad quieren decir «Eliseo» (yo mismo lo he hecho). Muchos no están conscientes de la trascendencia del ministerio de Eliseo, ni de la diversidad de sus milagros, ni del impacto que tuvo su vida en su generación. El tiempo que duró su ministerio sobrepasó con creces el de Elías. (Si incluimos los diez años que pasó como aprendiz de Elías, su ministerio abarcó cincuenta años.) Además, a Eliseo se le atribuyen más del doble de los milagros que se atribuyen a Elías.

En cierta ocasión, Giezi, el siervo de Eliseo, estuvo en la presencia del rey de Israel. Tal vez había sido enviado allí con algún mensaje de parte del profeta. Mientras Giezi estuvo allí, el rey le dijo: «Te ruego que me cuentes todas las maravillas que ha hecho Eliseo» (2° Reyes 8.4). Si Eliseo hubiera estado presente, él habría corregido las palabras del rey, de modo que dijeran: «las maravillas que ha hecho *Dios*». No obstante, Dios permitió a Eliseo hacer muchas «maravillas».

Muchas de las «maravillas» podrían caracterizarse como «milagros útiles». En relación con estos milagros, el mensaje parece ser: «Dios es un Dios que se preocupa». De vez en cuando, no obstante, la obra de Eliseo tuvo su lado oscuro. Su personalidad era diferente de la de Elías, pero no hay que creer que fuera «la personificación de la amabilidad». Cuando alguien se rebelaba en contra del Todopoderoso, Eliseo servía como el agente del castigo de Dios. Por lo tanto, debemos entender que el mensaje de Eliseo era doble:

- Respete a Dios, a Su mensajero y Su mensaje, y usted será bendecido.
- Falte el respeto a Dios, a Su mensajero y Su mensaje, y usted será maldecido.

En esta lección estudiaremos dos de los primeros milagros de Eliseo. Estos fueron aparentemente seleccionados por el Espíritu Santo para ilustrar los dos mensajes que se acaban de mencionar.

UNA BENDICIÓN PARA LOS RESPETUOSOS: UNA FUENTE DE AGUA ES SANADA (2.19–22)

La lección anterior terminó donde Eliseo reprende a los cincuenta hijos de los profetas por haber ido a buscar a Elías en vano. Después de este evento, es evidente que Eliseo esperó en la ciudad de Jericó para ver qué deseaba Dios que él hiciera. No pasó mucho tiempo para que llegara su primera oportunidad: Los hombres de la ciudad se acercaron a él con una petición (vers.º 19a). Eliseo ya tenía fama de ser accesible, la clase de persona a quien uno podía acudir en tiempos de tribulación. Dios todavía necesita esa clase de personas.

La maldición

Los hombres comenzaron diciendo: «He aquí, el lugar en donde está colocada esta ciudad es bueno, como mi señor ve» (vers.º 19b). Jericó se situaba en la parte sur del valle del Jordán, a unos dieciséis kilómetros al noroeste de la desembocadura del río Jordán en el Mar Muerto (Salado). (Vea el mapa en la página 14.) La ciudad se había desarrollado alrededor de uno de los más grandes manantiales de agua dulce de Palestina (que ahora se llama Ain es Sultan); era un oasis en medio de un paisaje escabroso. «Por estar a la sombra de huertos de palmeras [Deuteronomio

34.3] y de sicómoros [Lucas 19.4], y por tener una atmósfera perfumada por arbustos aromáticos [...] con las montañas de Moab a la distancia, Jericó era [verdaderamente] un lugar “bueno”».¹

No obstante, los ciudadanos de Jericó tenían un problema: «... las aguas son malas, y la tierra es estéril» (vers.º 19c). La palabra hebrea que se traduce por «malas» significa «malignas».² En la JB se lee «sucias». Las aguas sucias provenían de «los manantiales» (vers.º 21), que probablemente eran los manantiales de agua fresca que se acaban de mencionar.

Las palabras hebreas que se traducen por «estéril» en el versículo 19, y por «enfermedad» en el versículo 21, proceden de la palabra hebrea que significa «aborto». Hay quienes creen que esta descripción se refiere a la esterilidad de la tierra; pero, según Donald Wiseman, «el término hebreo [...] por lo general se refiere a las personas o al ganado».³ En la CJB se lee: «... la tierra está causando abortos». En vista de que todo lo que afectaba la tierra, también afectaba a los habitantes de esta, el agua contaminada debió de haber tenido un efecto perjudicial en ambos.

Es probable que la crisis del agua fuera el resultado de dos antiguas maldiciones. En primer lugar, era una maldición general pronunciada por Moisés. Moisés les había dicho a los hijos de Israel: «Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones...» (Deuteronomio 28.15). He aquí una de esas maldiciones: «Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas» (vers.º 18).

En segundo lugar, Josué había pronunciado una maldición específica después que destruyó Jericó: «Maldito delante de Jehová el hombre que se levantara y reedificare esta ciudad de Jericó» (Josué 6.26a). A pesar de esta maldición, Jericó se reedificó durante el reinado de Acab (1º Reyes 16.34). La gente desatendió la Palabra de Dios y, como resultado, los ciudadanos de Jericó sufrieron. F. W. Krummacher describió esta situación de la

siguiente manera:

El suelo, favorable a la vegetación, se había equiparado en fecundidad con las partes más productivas de la Tierra Santa.... [Pero ahora] las palmeras se habían marchitado; los huertos ya no emitían sus aromas; el ganado languidecía sobre las praderas que una vez lucieron exuberantes; los rebaños echaban sus crías al redil; y la gente en sí, era afligida con enfermedad y muerte prematura.⁴

Por lo tanto, los hombres de la ciudad se acercaron a Eliseo, para pedirle ayuda.

La cura

Eliseo les dijo: «Traedme una vasija nueva, y poned en ella sal» (2º Reyes 2.20a). ¿Por qué una vasija nueva? Tal vez porque no había sido contaminada por el uso corriente.⁵ ¿Por qué sal? Tal vez porque la sal se relacionaba con el pacto que los israelitas tenían con Dios (vea Levítico 2.13). Habiendo dicho lo anterior, todavía debemos preguntar: ¿Qué tenían que ver una vasija nueva y la sal, con purificar el agua? ¿No tendría el mismo efecto en el agua la sal salida de una vasija vieja? Los habitantes de Jericó vivían a tan solo dieciséis kilómetros del Mar Salado. Ellos sabían que el agua salada no hacía crecer las plantas, sino que, en realidad, mataba la vegetación. Además, aun si la sal tenía cualidades purificantes, al derramarla sobre manantiales solo afectaba el agua que entraba en contacto con ella y no tendría efecto en el agua que salía continuamente del manantial. La cura, por lo tanto, no sería permanente.

Yo propongo que Dios hizo que Eliseo usara una vasija nueva y sal por la misma razón que hizo que Moisés usara una rama de un árbol para endulzar las aguas amargas en el desierto (Éxodo 15.22–25), esto es, porque las vasijas nuevas, la sal y las ramas de algún árbol no tienen que ver absolutamente nada con que el agua sea buena o mala. Por lo tanto, sería obvio a todos que el poder no estaba en los procedimientos seguidos por el hombre, sino en la Persona de Dios (2º Reyes 2.21b).

¿Por qué, entonces, hizo Dios que Eliseo usara algo? Tal vez para mostrar que el Señor solo bendice a los que obedecen confiadamente. Eliseo no consiguió la vasija y la sal él mismo; hizo que los hombres de la ciudad hicieran esto. ¿Qué hubiera

¹ G. Rawlinson, “2 Kings” («2º Reyes»), *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 5, 1 & 2 Kings (1º y 2º Reyes), ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 23.

² Donald J. Wiseman, *1 and 2 Kings: An Introduction and Commentary (1º y 2º Reyes: Introducción y comentario)*, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1993), 197.

³ *Ibid.*

⁴ F. W. Krummacher, *Elisha, a Prophet for Our Times (Eliseo, profeta para nuestros tiempos)* (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1993), 11.

⁵ Clyde M. Miller, *First and Second Kings (Primero y Segundo de Reyes)*, The Living Word Commentary series, vol. 7 (Abilene, Tex.: A.C.U. Press, 1991), 314.

sucedido si hubieran preguntado la razón por la que debían hacerlo, diciendo que aquello no tenía sentido para ellos? ¿Qué hubiera sucedido si hubieran rehusado hacer lo que Eliseo les pidió? El agua habría seguido impura, y los problemas de ellos habrían seguido.

Hay que reconocerles que no dudaron. Trajeron la vasija y la sal a Eliseo (vers.º 20b). Luego este «[salió] a los manantiales de las aguas, echó dentro la sal, y dijo: Así ha dicho Jehová: Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas [en los manantiales] muerte ni enfermedad» (vers.º 21). En la CJB se lee: «No causarán más muerte ni aborto».

El autor de 2º Reyes⁶ añadió luego este comentario: «Y fueron sanas las aguas hasta hoy [hasta el día en que vivía el autor], conforme a la palabra que habló Eliseo» (vers.º 22). Muchas autoridades creen que el agua *sigue* fluyendo —pura y dulce— aun hasta nuestros días. A los que visitan el sitio de la antigua Jericó, se les muestra «el manantial de Eliseo» (Ain es Sultan) y se les invita a beber de él. Según T. E. McComisky, este manantial «todavía es una importante fuente de agua para la gente de los alrededores de Jericó».⁷

Dios había demostrado una vez más que Él es el Dios que ayuda y que sana (vea Salmos 103.3; 147.3; Isaías 30.26). Si lo que la tierra estaba sufriendo era una maldición (como parece haber sido el caso), Él la quitó por medio de Eliseo. Los que manifestaron respeto por Su profeta, que por consiguiente era respeto por Él, fueron bendecidos. Krummacher pintó un cuadro con palabras, sobre la felicidad que debió haberse producido:

Los campos recuperaron la fertilidad de antaño, y hombre y bestia pudieron regocijarse con vitalidad y vigor [rejuvenecidos]. Todos los vestigios de la desolación anterior, desaparecieron; los habitantes de Jericó se llenaron de gozo, y era evidente en todo lugar que tanto jóvenes como viejos estaban envueltos en una alegre y entusiasta actividad. El clamor de felicidad del segador se escuchaba nuevamente en las colinas adornadas con viñas, mientras que el pastor, con sus corderos [saltando] alrededor de él, respondía desde la llanura con la melodía de su solitaria flauta. El administrador natural contemplaba con inconfundible gozo la abundante promesa de la cosecha

⁶ No sabemos quién escribió 2º Reyes. Según una creencia tradicional judía, fue Jeremías quien escribió el libro.

⁷ T. E. McComisky, "Elisha, Eliseus" («Eliseo, Eliseus»), *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible (Enciclopedia pictórica Zondervan de la Biblia)*, ed. Merrill C. Tenney (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1975, 76), 2:291.

venidera, y el viajero podía elogiar [...] la vigorizante frescura de las aguas de Jericó.⁸

UNA MALDICIÓN PARA LOS QUE FALTARON EL RESPETO: UNOS BURLADORES SON ATACADOS (2.23–24)

Llegamos ahora a uno de los eventos más polémicos de la vida de Eliseo: cuando dos osos atacaron a unos muchachos que se burlaron del profeta. El relato tiene visos de encajar mejor con el acalorado ministerio de Elías que con el útil ministerio de Eliseo. La KJV agrava la polémica al referirse a los burladores como «niños pequeños» (2º Reyes 2.23; KJV). No es raro oír una efusión de compasión por «esos pobres, encantadores e inocentes niños».

Analizaremos más adelante si estos fueron, de hecho, niños inocentes, pero, por el momento, deseamos considerar por qué el Espíritu Santo incorporó este relato en la historia de la vida de Eliseo. Tal vez se incluyó con el fin de demostrar que Eliseo era verdaderamente el santo representante de Dios. Él era agradable y cooperador, pero esto no significaba que fuera débil. Como representante de Dios que era, debía ser respetado. Los que le maltrataran lo harían bajo su propio riesgo.

La burla que fue una falta de respeto

Esto es lo que el relato comienza diciendo: «Después [Eliseo] subió de allí [de Jericó] a Bet-el» (vers.º 23). En el texto se lee «subió» porque era un prolongado y empinado ascenso el que separaba el valle del Jordán de las altas tierras en que se asentaba Bet-el. (Vea el mapa en la página 14.) Unos días antes, Eliseo y Elías habían visitado la escuela de los profetas que estaba allí, y los estudiantes estaban conscientes de que Elías había de ser «quitado» (vea 2.2–3). Tal vez Eliseo deseaba poner al día a los hijos de los profetas que residían en Bet-el, para contarles qué fue lo que sucedió exactamente.

Bet-el era considerado un lugar sagrado en la historia de Israel. Era el sitio donde Jacob había tenido la visión de la escalera que llegaba al cielo. Luego le había puesto el nombre de Bet-el al lugar. Esta palabra combina la palabra hebrea que significa «casa» con una de las designaciones más corrientes que se le daban a Dios (*el*). Por consiguiente, el nombre significa «casa de Dios» (Génesis 28.10–19). Tristemente, en lugar de ser casa de Dios, se había convertido en un inicuo lugar en el que habitaba la idolatría. El rey Jeroboam había puesto un becerro de oro en Bet-el y había

⁸ Krummacher, 14.

convertido la ciudad en el centro de la adoración idólatra del reino norteño de Israel (1° Reyes 12.26–33; vea Amós 3.14; 4.4–5).

Cuando Eliseo se acercaba a Bet-el, «salieron unos muchachos de la ciudad, y se burlaban de él, diciendo: ¡Calvo, sube! ¡calvo, sube!» (2° Reyes 2.23b). Note que [en la Reina-Valera] se lee «muchachos» y no «niños pequeños». La palabra hebrea que se traduce por «muchachos» se usa a menudo en el Antiguo Testamento para hacer referencia a los jóvenes. Una forma singular de la palabra se usó para hacer referencia a José cuando tenía treinta y tantos años (vea Génesis 41.12). La palabra se usó para hacer referencia a los segadores de Booz (Rut 2.15), a Absalón (2° Samuel 18.5), a Jeremías (Jeremías 1.6–7) y a los soldados de Acab (1° Reyes 20.14). La mayoría de los comentaristas calculan la edad de los «muchachos» 2° Reyes 2 entre los doce y los veinte años. No se los imagine como niños juguetones de corta edad, sino como implacables jóvenes que habían resuelto aterrorizar a un profeta de Jehová. En la región donde yo vivo tenemos términos para describir a tales individuos: «matones», «rufianes», «gamberros», «delincuentes juveniles» y así por el estilo. Tal vez se usen términos parecidos donde usted vive. Aquí no hubo inocencia infantil; se trataba de individuos que habían llegado a la edad de la responsabilidad.

Imagínese lo que probablemente ocurrió. Es obvio que a Bet-el habían llegado noticias de que Eliseo estaba en camino. Estas noticias se propagaron entre las pandillas callejeras, los jóvenes matones que no hallaban mejor manera de pasar el tiempo que metiéndose en problemas. Cuando el profeta estaba cerca de la ciudad, una turba de tales rufianes salió de las puertas. Más adelante en el relato, se habla de cuarenta y dos de ellos (2° Reyes 2.24); es probable que esta cifra represente solo una fracción de los burladores. (Supongo que muchos de los jóvenes pudieron y lograron escapar de los osos.) La turba pudo haberse compuesto de cientos de ellos. Cuando yo era niño, había individuos que de vez en cuando se burlaban de mí. Tal vez usted ha tenido experiencias parecidas. ¿Se imagina usted cómo sería tener una turba de *cientos* de ellos siguiéndolo y burlándose? ¡Sería espantoso!

La pandilla de jóvenes gritó a Eliseo: «¡Calvo, sube! ¡calvo, sube!». Hay quienes creen que la expresión «sube» se refiere a la ascensión de Elías, que se habían propagado noticias relacionadas con ese incidente y los jóvenes estaban expresando incredulidad, dando a entender: «Afirmas que tu señor subió al cielo. Si así fue, ¿por qué no subiste tú también?». (Vea la NCV.) No obstante, en vista

de que el término se parece al que se usó en la primera parte del versículo 23 para hacer referencia al viaje que hizo Eliseo de Jericó a Bet-el, puede ser que sencillamente estaban dando a entender: «¡No te detengas aquí! ¡sigue tu viaje!». De todos modos, le estaban diciendo a Eliseo que él no era bienvenido en Bet-el.

Se refirieron a Eliseo como «calvo». Yo bromeo con mi calvicie (por ejemplo, cuando digo que hubiera deseado que mis cabellos perdieran color, pero en lugar de ello perdieron arraigue); sin embargo, todavía no deja de estremecerme que la gente comente sobre el brillo de mi cabeza (por ejemplo, cuando dicen: «Casi me deja ciego el reflejo»). No obstante, lo que en nuestros tiempos es una burla en broma, en los tiempos de Eliseo era un serio insulto. Según los eruditos, la calvicie era poco común entre los judíos y algunos la consideraban vergonzosa (vea Isaías 3.17, 24).

Por supuesto que las palabras en sí que dijeron los jóvenes carecen relativamente de importancia. Tal vez usted ha visto niños, adolescentes o adultos que se juntan alrededor de una víctima indefensa, haciendo burla de ella o de él. Si los ha visto, sabrá que no son las palabras lo que duele, sino el odio y el rencor que se observa en los rostros y se percibe en las voces.

Los profetas habían condenado la idolatría de Bet-el (vea 1° Reyes 13.1, 4); ahora los jóvenes gamberros de esa ciudad estaban descargando su ira sobre Eliseo. Matthew Henry insinuó que «estos niños hablaron como se les había enseñado; habían aprendido de sus padres idólatras a decir palabras groseras y a ser mal hablados, especialmente con los profetas. Estos [gallos] jóvenes [...] repetían el cacareo de los más viejos».⁹ Algunos padres todavía enseñan a sus hijos, por medio de palabras, acciones y actitudes, a odiar a otros, especialmente a los que son diferentes en cuanto a la raza, el color o la posición social. Bienaventurado el niño que ha sido enseñado por sus padres que todas las personas son hechas a imagen de Dios (Génesis 1.26–27; 9.6; vea 1^{era} Pedro 2.17; NIV).

El verdadero problema era que estos jóvenes no habían aprendido a respetar. No tenían respeto por un hombre mayor. No tenían compasión por lo que se consideraba una enfermedad. No tenían respeto por un profeta de Dios. La generalizada falta de respeto era resultado de la falta de respeto por Dios mismo.

⁹ Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible (Comentario de toda la Biblia)*, ed. Leslie F. Church (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1961), 401.

Tristemente, el pecado de la falta de respeto todavía existe hoy. Algunos niños no respetan a sus padres (vea Efesios 6.1–3), y algunos padres no respetan a sus hijos (vea Efesios 6.4). Algunas esposas no respetan a sus esposos (vea 1^{era} Pedro 3.1–6), mientras que algunos esposos no respetan a sus esposas (vea 1^{era} Pedro 3.7; NIV). Algunos empleados no respetan a sus patronos (vea 1^{era} Pedro 2.18; Efesios 6.5–8), y algunos patronos no respetan a sus empleados (vea Efesios 6.9). Algunos no respetan la propiedad de otros, como se observa en el robo y el vandalismo (incluyendo la escritura de graffiti) (vea Romanos 13.9). Algunos no respetan la reputación de otros, así que propagan chismes y calumnias (vea 1^{era} Pedro 2.1). ¿Cuál es la fuente principal de esta generalizada falta de respeto? Parece que es el resultado, como lo era en los tiempos de Eliseo, de una falta de respeto a Dios y a Su Palabra. Dios todavía hace la misma pregunta de antaño: «¿dónde está mi [respeto]?» (Malaquías 1.6).

El resultado merecido

Cuando actúa una turba, casi siempre las cosas se salen de control: De lanzar insultos, las turbas por lo general pasan a lanzar piedras, palos, lodo y todo lo que esté a mano. Esta turba no pasó de las palabras. El texto dice que «mirando [Eliseo] atrás, los vio» (2^o Reyes 2.24a). Esto nos dice que lo seguían de cerca, atormentándolo con sus palabras. Las palabras también pueden ser indicio de que el profeta al comienzo trató de pasarlos por alto. Cuando insistieron en su maltrato, él se detuvo, los miró, y «los maldijo en el nombre de Jehová» (vers.º 24b).

La expresión «los maldijo en el nombre de Jehová» significa que el profeta invocó a Dios para que Él se encargara de ellos. Esta es la maldición por la que se critica a Eliseo. Por lo menos tres comentarios deben hacerse. En primer lugar, tenga presente que Eliseo vivía en tiempos antiguo-testamentarios. En el Nuevo Testamento, se nos manda con estas palabras: «Benedicid a los que os persiguen; bendicid, y no maldigáis» (Romanos 12.14), pero Eliseo no vivía bajo la ley neotestamentaria.

En segundo lugar, la ley de Moisés enseñaba que los profetas de Dios (los que hablaban en Su nombre) eran sus representantes. La falta de respeto para con ellos y el mensaje de ellos, equivalía a falta de respeto para el mismo Señor (vea Deuteronomio 18.19). Además, la ley decía que los que se refirieran a Dios con tono acusador, debían morir (vea Levítico 24.16). En 2^o Crónicas 36.16, el autor explicó por qué Dios permitió que los israelitas fueran llevados al cautiverio: «Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y

menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo». Así, de conformidad con la ley, los que se burlaron de Eliseo, blasfemaron contra Dios y merecían la ira de Dios.

En tercer lugar, no hay indicio de que Eliseo dijera al Señor qué debía hacer. Puso el asunto en manos de Dios.

¿Qué *hizo* Dios? ¿Pasó por alto la «inocente travesura» de los muchachos? ¿Sonrió, diciendo: «Bien, los muchachos son muchachos»? Nada de esto. Dios había advertido, diciendo: «Si anduviereis conmigo en oposición [...] Enviaré también contra vosotros bestias fieras que os arrebaten vuestros hijos» (Levítico 26.21–22a). Los padres y madres idólatras de Bet-el aprenderían qué significaban aquellas palabras.

Cerca de la ciudad había un bosque, que era la guarida de bestias salvajes. «Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos a cuarenta y dos muchachos» (2^o Reyes 2.24c). No podemos leer tales palabras sin vernos forzados a imaginar las vívidas y terribles escenas que dan a entender: osos enloquecidos... gritos de terror... garras que hacen tajos... dientes que hacen trizas... gritos de agonía... sangre que salpica... huida de los heridos hacia las puertas de la ciudad... cuerpos mutilados que quedaron en el suelo.

No podemos tener certeza del alcance de las heridas de los cuarenta y dos. Tal vez algunos murieron; tal vez algunos quedaron con cicatrices que les recordaran el resto de sus vidas el día que se burlaron de Eliseo. Este fue un día terrible en Bet-el, un día que debió de haberse grabado indeleblemente en las mentes de los ciudadanos de ese lugar.

Jamás ponga en duda que este fue un juicio de Dios. Como regla general, los osos atacan solamente cuando son amenazados o tienen hambre. No hubo nada natural en un evento en el que dos osos embistieron en medio de una turba, hicieron tajos a derecha e izquierda, hasta dejar mutilados o muertos a cuarenta y dos jóvenes. Bet-el aprendió de modo doloroso la verdad que más adelante expresó Pablo: «No os engañéis; *Dios no puede ser burlado*: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6.7; énfasis nuestro; vea Deuteronomio 7.10). ¿Criticaría usted a alguien por lo que hicieron los osos? Entonces no critique a Eliseo, sino al Señor mismo. No obstante, tenga cuidado: «¡Los mortales finitos deben abstenerse de emitir juicios críticos sobre los juicios del Dios que todo lo sabe!».¹⁰

¹⁰ Miller, 315.

Dios a menudo usó eventos dramáticos, e incluso trágicos, cerca del comienzo de una nueva era, para mostrar que un nuevo comienzo no significa que todas las antiguas regulaciones se han cambiado.¹¹ Cuando los israelitas comenzaron una nueva relación con Dios en el desierto, Nadab y Abú murieron porque ofrecieron fuego extraño sobre el altar (Levítico 10). Cuando Josué asumió el liderazgo de Israel, Acán fue muerto porque tomó lo que había sido dedicado al Señor (Josué 7). Cuando el rey David trasladó su capital a Jerusalén, Uzías murió porque tocó el arca (2º Samuel 6.1-7). Incluso cuando comenzó la era cristiana, la ira de Dios cayó sobre Ananías y Safira porque mintieron al Espíritu Santo (Hechos 5). El mensaje implícito de cada una de estas tragedias era este: «Cuando Dios dice algo, ¡Él lo dice en serio! ¡Usted debe respetar a Dios y Su voluntad! Si no lo hace, ¡la tragedia aguarda!».

¿Aprendieron los habitantes de Bet-el esta lección? No podemos saberlo con certeza, pero por lo menos sabemos que no siguieron burlándose de Eliseo ni de ningún otro profeta de Dios. De hecho, por toda la tierra debieron de haberse propagado noticias de esta tragedia, pues no volvemos a leer acerca de *algún otro* que se burlara de Eliseo en *algún momento*. El mensaje estaba claro: «El ministerio de Eliseo significaría vida para los que honraban [a Jehová] y muerte para los que lo despreciaran».¹² «Mirad, pues, la bondad y la severidad de Dios» (Romanos 11.22a; énfasis nuestro).

CONCLUSIÓN (2.25)

Después que Eliseo hubo terminado el asunto que le llevó a Bet-el (cual haya sido), él fue de allí «al monte Carmelo» (vers.º 25a), el sitio donde su mentor tuvo su más grande victoria (1º Reyes 18). El monte Carmelo se convirtió en un retiro para Eliseo (vea 2º Reyes 4.25), tal vez un lugar para renovar sus energías espirituales. De allí «volvió a Samaria» (2.25b), que estaba a unos cincuenta kilómetros, y donde tenía una casa (vea 6.24, 32). La ciudad de Samaria era la capital del reino norteño de Israel, la casa del rey Jorám hijo de Acab. Eliseo se mantenía informado de lo que estaba sucediendo en la nación, pero nos referiremos con mayor detalle a esto en la siguiente lección.

¿Qué debemos aprender de esta lección? Obvia-

¹¹ Warren W. Wiersbe, *Be Distinct (Sea diferente)* (Colorado Springs, Colo.: Victor, 2002), 21.

¹² J. H. Stek, "Elisha" («Eliseo»), in *The International Standard Bible Encyclopedia*, rev., ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1982), 2:71.

mente no se trata de mantener dos osos enjaulados en nuestro patio para soltarlos cada vez que alguien se burle del evangelio. Antes, debemos aprender que las verdades fundamentales analizadas siguen en pie:

- Respete a Dios y las cosas de Dios, y viva.
- Falte el respeto a Dios y las cosas de Dios, y morirá.

Si faltamos el respeto a Dios y Su palabra, es poco probable que seamos muertos por bestias que corren alocadamente; pero *sí* «moriremos» espiritualmente cuando le desobedecemos (Efesios 2.1), y «moriremos» eternamente si no nos arrepentimos (Apocalipsis 20.14-15). Hace mucho tiempo, Moisés le dijo al pueblo: «Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y [...] la muerte» (Deuteronomio 30.15). Esa misma disyuntiva todavía se nos presenta a nosotros. ¿Qué elegiremos?

NOTAS PARA MAESTROS Y PREDICADORES

Cuando use este sermón, será aconsejable que recalque a sus oyentes que ellos pueden elegir la vida (Juan 10.10; 11.24) por medio de confiar en el Señor y obedecerle (Romanos 6.3-6). Otro posible título para esta lección es «¿La vida o la muerte? ¡Usted elige!».

